

»Comte admite, con la psicología moderna, tres facultades fundamentales, el pensamiento, el sentimiento y la voluntad; vulgarmente, el espíritu, el corazón y el carácter: por esto divide el cerebro en tres regiones. Admite enseguida, oponiéndose á la psicología, la preeminencia del sentimiento sobre el pensamiento, lo que, por decirlo de una vez, legitima todos los descarríos de la pasión, desde ahora exentos de las reglas de la razón. De las diez y ocho partes del alma, Comte atribuyé diez al corazón, cinco al espíritu y tres al carácter (1). Véase, pues, cómo el corazón tiene la mayor parte; no prevalece solamente como señor en la vida vegetativa, que es su verdadero puesto, segun Bichat, obtiene aun la más grande parte en la vida cerebral, en donde se confunde con el instinto y la necesidad: él sólo vale más que el espíritu y el carácter juntos. Para Comte, el corazón dá impulso al pensamiento, y éste vela la ejecucion de los actos, conforme á este «verso sistemático» «Obrar por afeccion y pensar para obrar.» Tal es «la armonía fundamental del alma» que preside á la division del cerebro.

»Las funciones ahora se obtienen de la misma manera, no por observacion, sino por razonamiento, por deducion, *à priori*; tal facultad debe encontrarse á la derecha, tal otra á la izquierda, esta

el aparato cerebral. *Système de politique positive*, t. I; Introduccion fundamental, cap. III, págs. 677 y 730.

La confesion es completa. Comte procede *à priori* como los metafísicos! Cf. Littré, *Auguste Comte et la philosophie positive*, 3.<sup>a</sup> parte. Paris, 1863.

(1) «Amor por principio.—Uno se cansa de pensar y tambien de obrar, jamás de amar.—El espíritu no está destinado á reinar, sino á servir.—El positivismo erige en adelante en dogma fundamental, á la vez filosófico y político, la preponderancia continua del corazón sobre el espíritu.—El impulso positivo conduce hoy dia á hacer sistemáticamente prevalecer el sentimiento sobre la razón, como sobre la actividad.» *Système de politique positive*; Epígrafes y Discurso preliminar, 1.<sup>a</sup> parte.

Con todo eso en la misma parte, p. 57, dice que el positivismo debe renunciar á todo «principio absoluto.» Mas adelante, p. 714, afirma que «nuestros conocimientos verdaderos consisten solamente en hechos y en leyes, es decir, siempre en fenómenos, particulares ó generales.» En otra parte aun, p. 7, Comte advierte que el sentimiento falto de disciplina podría casi perderse: «Uno no puede aun contar en la eficacia política del sentimiento social, que desprovisto de principios viene á ser frecuentemente perturbador.» «¿Quién pondrá fin á las perturbaciones del corazón, si él es la facultad soberana del alma?—Cf. *Système de philosophie positive*, t. VI; Conclusion general, 1842.

delante, aquella detrás. En pocas palabras, Comte no ha visto nada en el cerebro, porque para él nada hay que ver bajo el punto de vista del alma. En la vida afectiva, por ejemplo, distingue dos instintos de perfeccionamiento, de los cuales el uno perfecciona «por destruccion y el otro por construccion:» el primero es el instinto militar, el segundo el instinto industrial. ¿Dónde ha encontrado estos instintos? Evidentemente en sus estudios históricos, y no en el cerebro. ¿Ha hecho por lo ménos constar *positivamente* su colocacion? No; sabe solamente que *deben*, á título de sentimientos, residir detrás. ¿Está muy seguro de esto que anticipa? No; es de dictámen que «todas las condiciones esenciales *parecen* concurrir á hacerlas ocupar el uno á los lados, el otro encima del órgano maternal (1).»

»Hé aquí la «constitucion fundamental del alma» segun la ciencia llamada positiva. En esta constitucion, no veo ni la conciencia, ni la razón, ni la libertad, nada que denote la superioridad del hombre sobre el bruto (2). ¿No tenia, pues, razón para decir siempre que el positivismo es el materialismo, y no puedo añadir ahora que es un materialismo fantástico, que no descansa ni en los datos experimentales? Además Comte rechaza categóricamente las *causas* y los *principios*, lo absoluto y lo infinito, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma como conviene á toda doctrina materialista. La funcion debe cesar con el órgano, y si la funcion no es más que una actividad física, ¿cómo podria extenderse más allá de la materia?

(1) *Système de politique positive*; Introduccion fundamental, capítulo III.

(2) La famosa teoria del *yo* carece esencialmente de objeto científico. Los psicólogos han querido vanamente hacer de esa idea ó de ese sentimiento un atributo exclusivo de la humanidad: es evidentemente la continuacion necesaria de toda vida animal propiamente dicha... Quizá en los animales superiores el sentimiento de la *personalidad* es aun más pronunciado que en el hombre... Caracterizando la inteligencia segun la aptitud de modificar su conducta conforme á las circunstancias de cada caso, lo que constituye en efecto el principal atributo práctico de la razón propiamente dicha, es aun evidente que bajo esa relacion, más que bajo la precedente, no hay lugar á establecer realmente entre la humanidad y animalidad, ninguna otra diferencia esencial que la del *grado* más ó ménos pronunciado que puede soportar el desarrollo de una facultad, necesariamente comun por su naturaleza á toda vida animal, y sin la cual no se sabria cómo concebir la existencia; de modo que la famosa definicion escolástica del hombre como *animal racional*, ofrece un verdadero despropósito...» *Système de philosophie positive*, t. III, pág. 781, S.—*Système de politique positive*, t. I; Discurso preliminar, 1.<sup>a</sup> parte.

Los principios y las causas no son fenómenos nerviosos. Comte es, pues, consecuente consigo mismo cuando establece, por una parte, que el carácter de la nueva filosofía es de detenerse en lo que es *positivo*, es decir, en lo que es *real, útil, relativo*, y que del otro, separa todo lo que es absoluto y supra-sensible.

»Pero deja de ser lógico cuando quiere construir la ciencia, el arte, la moral, la política y la religion con las representaciones sensibles, sin mezcla de ideas racionales. Bajo este punto de vista, el positivismo es un tejido de contradicciones. Comte sólo admite lo positivo, y pretende un ideal social fuera de la historia: lo real, y formula una concepción estética fuera del realismo: lo relativo, y afirma la verdad absoluta de su doctrina, con exclusión de toda otra; lo sensible, y busca las leyes estáticas y dinámicas fuera de las sensaciones; los hechos ó los fenómenos, y en todas partes se expresa bajo forma de proposiciones universales y categóricas; lo útil, y funda una moral que subordina la utilidad al deber.

»En efecto, debo á Comte la justicia de que respeta tanto como los espiritualistas las condiciones de la vida moral. Desdeña los goces materiales y egoistas, y coloca la felicidad del hombre en las afecciones benévolas, en el noble deseo de *vivir para otro* (1). Aquí habla el corazón, pero está desgraciadamente en desacuerdo con el espíritu. Cuando el pensamiento dice: el hombre es pura materia y debe sacrificarlo todo á la materia, el corazón responde: el hombre ha nacido para amar y debe consagrarse á sus semejantes. Cuando el pensamiento prosigue: todo es relativo, sacad partido de las circunstancias, después de la muerte la nada, el corazón replica: el matrimonio es sagrado, la familia es santa, el deber es absoluto. M. Guizot ha señalado esta inconsecuencia hablando de su entrevista con Comte. Admirase, escuchándole, de que un carácter tan desinteresado no advierta por sus propios sentimientos la inmoral falsedad de sus ideas. Es, dice, la condición del materialismo matemático (2).

»Examinemos ahora la doctrina social y religiosa de Comte. Aquí también será breve, falta tiempo, y por otro lado son pocas en esta parte de la *Sociología* las extravagantes mudanzas de una inteligen-

(1) *Système de politique positive*; Discurso preliminar, parte 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>

(2) *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, t. III.

cia confusa, tan extraña al derecho natural como á la lógica y á la metafísica, tan embarazada de preocupaciones nacionales como de errores filosóficos. ¿Qué concepto de la sociedad humana podemos esperar de un hombre que ha estudiado únicamente las ciencias físicas y matemáticas?

»El orden social imaginado por el autor de la *Política positiva* se compone de *tres poderes*, que corresponden á las tres funciones principales del cerebro, la fuerza, el pensamiento y el sentimiento. Ante todo hay un poder material que se concentra en los industriales y forma el gobierno; después un poder intelectual que pertenece á los filósofos y constituye el sacerdocio; y hay, en fin, un poder moral, que reside en las mujeres y sirve de auxiliar al precedente. Las mujeres y los filósofos juntamente forman el poder espiritual, á título de manantial doméstico y órgano sistemático. El sacerdocio y el Gobierno están esencialmente separados. Con los filósofos la educación ó el consejo, con los jefes industriales la acción y el mandato. Los sábios piensan y piden para los industriales, éstos trabajan para los sábios. «Este estado definitivo de la humanidad se anuncia así como plenamente conforme á nuestra propia naturaleza, donde el sentimiento, la razón y la actividad corresponden exactamente, ya sea aislados, ya combinados, á los tres elementos necesarios, femenino, filosófico y popular, de alianza regeneradora (1).»

»Véase, señores, el *ideal* de la sociedad positiva. Según mi parecer, haría evidentemente mal de lamentarme de un orden social en donde los filósofos á la manera de los Levitas, viven unidos con la más bella mitad del género humano. Pero seréis tal vez más severos que yo. Direis que esta utopía es un régimen de *castas*, calcado en la República de Platon; pretendereis que el hombre no es

(1) *Système de politique positive*; Discurso preliminar, parte 4.<sup>a</sup>; conclusión general, y t. II, cap. V.

«Nuestros proletarios son los únicos susceptibles de llegar á ser los auxiliares decisivos de los filósofos modernos..... Cada proletario constituye por muchas consideraciones un filósofo espontáneo, como todo filósofo representa bajo diversos aspectos un proletario sistemático.— Los proletarios deben ser extraños al gobierno político propiamente dicho.—El poder temporal, único director, corresponde al aparato nutritivo; el poder espiritual, puramente moderador, al aparato nervioso del organismo individual.—El pueblo representa la energía del Gran-Sér, las mujeres su ternura, y los filósofos su razón. El hombre debe mantener á la mujer; la clase activa debe mantener á la clase contemplativa.» Id., t. I, págs. 129, 138, 334, 373, 375.

simplemente un industrial ó un sábio, que es hombre ante todo, y debe desarrollarse como tal; criticaréis esta separacion entre las clases que hacen de la sociedad una máquina y no un organismo; elegireis tres poderes independientes unos de otros, sobrando dos, para mantener la armonía; os inquietaréis de lo que pasará si el poder espiritual, que aconseja, no está de acuerdo con el poder temporal, que manda; preguntaréis cómo está constituido el Estado y por qué se confunde con la industria.....

»Pero seriais demasiado exigentes. Comte no ha pensado en todo. Por lo demás, podría responderos segun su frenología, que no es al pensamiento, sino al sentimiento á quien es menester consultar en asunto teórico, y que la union *debe* siempre subsistir en una sociedad que descansa sobre la ciencia positiva del cerebro. Y despues los letrados, que tienen el monopolio del espíritu, ¿no pueden formar la opinion pública? En efecto, «la sana interpretacion de las reglas morales y políticas sólo puede emanar de los filósofos acostumbrados al estudio de las leyes naturales sobre las cuales se apoyan (1).» Este argumento me parece perentorio. Los filósofos que están ahora reconciliados con los sacerdotes, desde que lo son ellos mismos, sabrán providenciar á todo. Sin embargo, si no estais aún satisfechos, si invocais contra nosotros el derecho y la libertad, me veré obligado á ensoñaros que el positivismo no es el liberalismo, y que el derecho no tiene nada de comun con la sociedad. Escuchad ántes á Comte.

»La palabra *derecho* debe separarse del verdadero lenguaje político como la palabra *causa* del verdadero lenguaje filosófico. De estas dos nociones teológico-metafísicas, la una es considerada inmoral y anárquica (el derecho); la otra irracional y sofística (la causa). En el estado positivo, que no admite títulos celestes, la idea de derecho desaparece irrevocablemente. Cada cual tiene deberes para con los demás, pero nadie tiene ningun derecho propiamente dicho. Nadie posee otro derecho que el de cumplir siempre con su deber. Así que la política sólo puede estar subordinada realmente á la moral, siguiendo el admirable programa de la Edad media (2).»

(1) *Système de politique positive*. Discurso preliminar, 3.<sup>a</sup> parte.

(2) *Système de politique positive*. Discurso preliminar; conclusion general.

»Está claro. ¿Y quiérese saber por qué no hay derecho desde el advenimiento del positivismo? Porque el derecho supone la *individualidad absoluta*. La individualidad absoluta! Los derechos absolutos, independientes de la fuerza pública! Los derechos del hombre y del ciudadano! Qué horror para un positivista que no quiera nada absoluto fuera del Estado! (1) Pero ved á un tiempo la extraña fortuna y la lógica original del materialismo. Dice Hobbes: Cada uno tiene derecho á todo. Responde Comte: Nadie tiene derecho á nada. Hobbes dice: Nadie tiene deberes. Comte responde: Cada uno tiene deberes.

»Examinemos ahora por qué medios debe el orden establecerse en la sociedad. Encuéntrase la solucion de este problema en la *dinámica social*, que descansa en la *ley de los tres Estados*. Esta ley nos la representa Comte y sus discípulos como uno de los más grandes descubrimientos de este siglo. Significa que todas las especulaciones humanas pasan necesariamente por tres estados sucesivos: «ante todo el estado *teológico*, en donde dominan francamente las ficciones espontáneas, que no permiten se haga ninguna prueba; en seguida el estado *metafísico*, que caracteriza sobre todo la preponderancia habitual de las abstracciones personificadas ó entidades; y en fin, el estado *positivo*, siempre fundado en una exacta apreciacion de la realidad exterior (2).»

»Si Comte hubiera querido decir por eso que el espíritu humano

(1) «Todos los hombres deben ser considerados, no como otros tantos seres separados, sino como los diversos órganos del único Gran Sér. Así en toda sociedad cada ciudadano seria siempre erigido en funcionario público.» Id., id.

(2) *Système de politique positive*, t. I. Discurso preliminar, 1.<sup>a</sup> parte, y t. III. cap. I.

«Todo comienza bajo la inspiracion teológica, para venir á parar en la demostracion positiva, pasando por la argumentacion metafísica.» Esta *ley de filiacion* es completada por la *ley de clasificacion*, que expresa el orden necesario en el que nuestras concepciones se desarrollan á cada fase. Este orden, determinado por la generalidad decreciente ó la complicacion creciente de los fenómenos, es el siguiente: matemáticas, astronomía, física, química, biología, sociología. El conjunto de estas ciencias constituye el *sistema de filosofía positiva*. No tenemos que decir por ahora de esta série sino que es incompleta y falta de unidad. Representa los principales órganos de la ciencia de la Naturaleza, pero olvida el organismo; divide la realidad en sus diferentes partes, pero pierde de vista la realidad una y entera. Precisamente esta unidad superior á ese todo orgánico es el objeto de la filosofía, ciencia mucho más general que las matemáticas.

descarría ántes de encontrar la verdad completa y que todo lo que es verdadero es positivo, hubiera empleado una inocente estrategia en favor de su doctrina, aprovechando el equivoco de su título. El público juzga siempre de un sistema por su nombre. Si alguno toma la palabra *positivo* como sinónima de *verdad*, es cierto que el positivismo debe ser la expresión última de la inteligencia humana. Pero no es así. Comte, en su cualidad de materialista, cree que la *teología* es una ficción, ya que niega á Dios, que la *metafísica* es un sueño, ya que niega la causa, y que no obstante la humanidad ha de pasar, no se sabe cómo ni por qué, por esas situaciones contra naturaleza ántes de llegar á la sola cosa que se puede ver y se ha visto en todo tiempo, el *hecho exterior*, que impresiona nuestros sentidos. Cuando se confunde la teología con lo sobrenatural y la metafísica con la hipótesis, es fácil afirmar que las aberraciones son las que han debido preceder á la ciencia. Pero semejante tesis adolece de una doble falta. No es exacto decir que la teología y la metafísica excluyen la *ciencia* y se excluyen ámbas, y es imposible que el espíritu humano haya principiado por las nociones suprasensibles, si sólo posee los sentidos. Los animales que están constituidos como nosotros, no se imaginan la teología y la metafísica: son positivistas desde su nacimiento y continúan siéndolo hasta su muerte, porque nunca ven más allá de la realidad exterior, que es el objeto del positivismo. Comte mismo parece haber presentado la justicia de esta observación, porque mira el *fetiquismo* como superior al monoteísmo y á la metafísica, y cree que los salvajes podrían en lo sucesivo, gracias á él, salvar esas transiciones y entrar inmediatamente en el estado positivo (1).

»Dejemos la opinión de Comte sobre la metafísica y la teología, y veamos cómo aplica su *ley de los tres estados*. Quiere hacer la ley

(1) «Tal demostración hace incontestable la superioridad teórica del fetiquismo sobre la teología. Pero al presente conviene reconocer además la misma preeminencia para la rectitud lógica y científica. Tomando la positividad completa por tipo normal de nuestra madurez mental, el fetiquista se encuentra ménos alejado que ningún teólogo. Su aproximación general de la realidad es más exacta tanto como más natural: nosotros no la excedemos efectivamente más que en el estado científico. Es porque el fetiquismo prevalecería aun en todas partes, si las exigencias sociales no hubieran obligado á nuestros antepasados á tomar el camino de la teología en su preparación necesaria al positivismo.» *Système de politique positive*, t. III, cap. II, pág. 85.

del desenvolvimiento de la humanidad. Yo habia creído hasta ahora que las *leyes de la vida* son las que presiden la evolución de la humanidad viviente; esta convicción se habia arraigado en mí desde que habia oído, en los bancos de la Universidad, á mi ilustre profesor M. Altmeyer explicar un *Curso de filosofía de la historia* conforme á este principio, mereciendo los aplausos del público; y esta certidumbre era grata á mi alma, porque me permitía respetar el pasado de la humanidad, sin hacer traición á su glorioso presente ni á su brillante porvenir. ¿Es menester ahora renunciar á esta ilusión y creer que la humanidad se desarrolla en virtud de las anomalías inexplicables del pensamiento? No, no es la ciencia la que es defectuosa, lo es Comte; no es la humanidad la que se engaña, lo es el materialismo. El materialismo no conviene más á la historia que á la filosofía. El error de Comte está en imaginarse que nada bueno le ha precedido, y que la humanidad se ha extraviado completamente, dejando las vías de la salvajez y del fetiquismo (1). Esta contradicción manifiesta entre la vida de la humanidad y la fórmula de Comte es para mí la condenación radical del positivismo.

«Después de esto, preséntese qué juicio va Comte á fundar sobre nuestra *época*: el de un hombre que sólo ve la realidad á través de los fantasmas de su imaginación. Todos los hechos contemporáneos le parecen confirmar su doctrina. Saluda con el mismo entusiasmo la proclamación de la república en 1848 que la proclamación del imperio en 1851; porque el imperio para él no es más que una dictadura, y porque todas sus simpatías son para el absolutismo y la centralización, todas sus antipatías para la libertad y el régimen parlamentario (2). Aquí reaparecen las tendencias de Hobbes.

(1) Comte resume en estos términos la aplicación de la ley de filiación á la filosofía de la historia. «Los tres modos consecutivos de la actividad, la conquista, la defensa y el trabajo, corresponden exactamente á los tres estados sucesivos de la inteligencia, la ficción, la abstracción y la demostración. De esta analogía fundamental resulta al instante la explicación de las tres edades naturales de la humanidad. Su larga infancia, que llena toda la *antigüedad*, debió ser esencialmente teológica y militar; su adolescencia, en la *Edad media*, fué metafísica y feudal. En fin, su madurez, apenas apreciable después de algunos siglos, es necesariamente positiva é industrial.» *Système de politique positive* t. III, cap. I, pág. 63.

De donde deduce que la teología está en decadencia desde la antigüedad, y la metafísica desde la Edad media.

(2) «La proclamación, en adelante irrevocable, de la república fran-

»En 1852, Comte escribe al czar Nicolás que ha combatido siempre la igualdad y la soberanía del pueblo. En una nota adicional declara que el Gobierno francés debe ser republicano y no monárquico; que la República francesa debe ser *social* y no política; que la República social debe ser *dictatorial* y no parlamentaria, y que en fin la dictadura debe ser ejercida por un *triumvirato* emanado del *patriciato* industrial, reclutándose por vía de sucesión adoptiva y no por vía de elección popular. Pero ántes que la dictadura patricia pueda funcionar regularmente, Comte es de dictámen que debe conferirse durante una generacion á algunos eminentes *proletarios*, cuya elección sería reservada á la iniciativa parisiense, salvo la sancion provincial, y que estenderia gradualmente el sufragio universal, última forma de nuestra enfermedad política (1).

cesa, constituye, bajo todos conceptos, el más grande acontecimiento sobrevenido en Occidente desde la caída de Bonaparte.... La población francesa, digna vanguardia de la gran familia occidental, viene al extremo de abrir ya la era normal; porque ha proclamado, sin ninguna intervencion teológica, el verdadero principio social: la república francesa tiende á consagrar directamente la doctrina fundamental del positivismo, en cuanto á la universal preponderancia del sentimiento sobre la razon y sobre la actividad.» *Circulaire du 8 mars*, 1848; *Discours sur l'enseignement du positivisme*, Juillet, 1848, p. 69.

«Segun la teoría histórica que he fundado, el conjunto del pensamiento francés tiende siempre á hacer prevalecer el poder central.... Este poder necesario viene dichosamente á rechazar con energía una intolerable situación, tan desastrosa para nosotros, como vergonzosa para él. El instinto popular ha dejado caer sin defensa un régimen anárquico. Siéntese cada vez más en Francia que lo constitucional conviene solamente á una pretendida situación monárquica, mientras que nuestra situación republicana permite y exige la dictadura. La más sabia de las diez constituciones promulgadas desde 1789, llega por otra parte á regularizar, aunque siempre empíricamente, esa dictadura republicana.... Esa nueva faz política permite, en fin, elaborar directamente la reorganización universal.» *Lettre á M. Vieillard*, Senador de la república francesa, 28 Febrero 1852.

«En nombre del pasado y del porvenir, los servidores teóricos y los servidores prácticos de la Humanidad, toman dignamente la dirección general de los asuntos terrestres, para construir, en fin, la verdadera providencia moral, intelectual y material, excluyendo irrevocablemente de la supremacía política todos los diversos esclavos de Dios, católicos, protestantes ó deístas, por considerarles á la vez atrasados y perturbadores.» *Catéchisme positiviste*, Octubre 1852.

(1) *Système de politique positive*, t. I; Discurso preliminar, y t. III, prefacio.

Añadamos que el Gobierno revolucionario debe estar asistido de un *Comité positivo occidental*, compuesto de ocho franceses, siete ingleses, seis alemanes, cinco italianos y cuatro españoles. Este «concilio

»Este programa, puesto bajo el amparo del czar me dispensa de todo comentario. Véase cómo el positivismo apura sus otros méritos, perteneciendo así á la más peligrosa especie de *socialismo*, al socialismo autoritario y revolucionario, que pretende ampararse del poder, suprimir el derecho y la libertad, resolver y restaurar la sociedad á fuerza de decretos. ¿Me será permitido decir ahora que si semejante doctrina ha encontrado partidarios en Bélgica, en un país de derecho y libertad, estos secuaces han sido inducidos al error? ¿Me será permitido esperar que abundarán en otros sentimientos, cuando estén mejor instruidos del verdadero carácter del positivismo?

»Una palabra aun sobre la religion positiva. Es el fondo de la doctrina, puesto que el tratado de sociología tiene por objeto principal instituir la «religion de la humanidad» y organizar un nuevo «poder espiritual.» Además el doctor Robinet, uno de sus adeptos, declara solemnemente que *sólo hay un positivismo, que es la religion de la humanidad* (1). Y sin embargo, ¿que cosa más extraña que ese culto! ¿Una religion sin Dios y sin inmortalidad! Cosa semejante no se ha visto nunca en el mundo de los principios ni en el mundo de los fenómenos. ¿Una religion de la humanidad, de la que ésta, sin ningun género de duda, es á la vez sujeto y objeto! Este equívoco reclama una explicacion. Comte sienta la necesidad de un lazo religioso entre los hombres; pero su doctrina cerebral no le permitia reconocer á Dios como Sér infinito y absoluto. ¿Qué hacer entonces, sino reemplazar á Dios por otra cosa? Hobbes habia imaginado llamar Dios á un gran cuerpo, á fin de conservar la religion como un medio de policia en provecho del Estado. Comte dá á este gran cuerpo el nombre de Gran-Sér, lo que viene á ser lo mismo, y este Gran-Sér es la humanidad.

»Por lo demás, el vacío de creencias es compensado por la pompa de *las fiestas*. El positivismo establece una *era nueva* y un nue-

permanente de la nueva Iglesia» debe admitir todos los elementos necesarios del poder moderador, de los teóricos, de los prácticos y de las mujeres. «A los treinta miembros precedentes, conviene luego unir seis damas de lo más escogido, dos francesas y una de cada otra parte occidental.» *Idem*, t. I, pág. 384.

(1) *Notice sur l'œuvre et sur la vie d'Auguste Comte*, par le Doctor Robinet, su médico y uno de sus trece albaceas testamentarios, 3.<sup>a</sup> parte. París, 1860.